**Investigación: ¿La moralidad de las personas es mayor que su instinto de supervivencia?**

Kevin Stiven Hernandez Monsalve

Sarita Escalante Penagos

Institución educativa Don Matías

11°2 - Educación ética y valores humanos, urbanidad

Lic. Didienzo Farley Pareja Ríos

2025

**Introducción:**

La medida del tiempo en la historia, los seres humanos han enfrentado muchas situaciones que los hacen ver obligados, situaciones en las que su conflicto choca directo con su necesidad básica de sobrevivir, esto plantea una pregunta: ¿Es la moralidad más fuerte que su instinto de supervivencia en las personas? Se trata de una gran cuestión que ha sido abordada por la filosofía, la psicología, la literatura, cultura popular e historia. En condiciones sumamente extremas -ya sea hambrunas, guerras, desastres naturales o persecuciones-las personas se ven obligadas a tomar decisiones que muchas veces para el contrario de sus normas éticas que guiaban su conducta en tiempos normales.

El instinto de supervivencia es una fuerza sumamente fuerte, valga la redundancia, que es como un chip inscrito en lo más profundo de nuestro ser. Este impulso nos lleva a luchar por sobrevivir, incluso sí esto implicará el no actuar de manera moral, y en otros momentos sería catalogada como inmoral. Por otro lado la moralidad conjunto de valores y principios que la sociedad y el individuo han construido para vivir juntos en paz, protegernos más vulnerables, protegerse a sí mismos, promoviendo el bien común. Y es lo que nos ayuda a distinguir entre el bien y el mal lo justo y lo injusto en una sociedad o en ti mismo.

 Como objetivo de ensayo, explorar la complejidad entre moralidad y supervivencia, analizando diferentes perspectivas filosóficas, psicológicas y evolutivas. También se consideran representaciones culturales y casos históricos que nos permitan analizar y reflexionar sobre hasta qué punto los seres humanos somos capaces de sostener nuestra integridad cuando la vida se está en juego, ¿Por la moralidad prevalecer al miedo, el hombre o la violencia?¿O acaso termina cediendo bajo la presión de su propia vida? A través de esta reflexión y otras, se buscará comprender mejor la naturaleza humana y los límites éticos que enfrentamos cuando todo lo demás está en peligro.

**La modalidad cómo construcción evolutiva:**

La moralidad, que a menudo se percibe como un conjunto de normas y valores que nos ayudan a distinguir entre lo correcto y lo incorrecto, puede parecer algo exclusivamente humano, un producto de la cultura o la religión. Sin embargo, investigaciones en psicología evolutiva, biología y antropología sugieren que sus raíces son mucho más antiguas, remontándose a los inicios de nuestra especie. Desde esta perspectiva, la moralidad no solo tiene una función ética o espiritual, sino que también es adaptativa: juega un papel crucial en la supervivencia y el bienestar del grupo.

Uno de los pilares fundamentales de esta teoría es la idea de que los comportamientos morales surgieron como mecanismos evolutivos que facilitaron la vida en comunidad. La especie humana no sobrevivió gracias a su fuerza física, sino por su capacidad de cooperar. En grupos sociales complejos, donde los individuos dependen unos de otros, la confianza, la empatía y la reciprocidad se volvieron esenciales. Aquellos que mostraban comportamientos altruistas o cooperativos tenían más probabilidades de ser aceptados y apoyados por el grupo, lo que aumentaba sus posibilidades de supervivencia y reproducción. Así, la moralidad habría evolucionado como una herramienta para fomentar la cohesión social y evitar conflictos internos.

La empatía, por ejemplo, tiene una base neurológica: estudios de neuroimagen han demostrado que al observar el sufrimiento de otros, se activan las mismas áreas cerebrales que se activan cuando sufrimos nosotros mismos. Este tipo de reacciones emocionales también se encuentran en otros animales sociales, como primates, elefantes y delfines, lo que sugiere que las bases de la moralidad podrían estar presentes en otras especies, aunque de manera más limitada.

El filósofo Hanno Sauer sostiene que la moralidad es, en esencia, “el nicho ecológico en el que los humanos sobreviven”. Según él, nuestras capacidades morales —como el juicio ético, el sentido de justicia y el altruismo— son el resultado de la selección natural (Sauer, 2024). Desde esta perspectiva, la moralidad no se opone a la supervivencia; más bien, es una estrategia evolutiva que nos ayuda a sobrevivir en grupo.

Por otro lado, la teoría del “altruismo recíproco”, defendida por biólogos como Robert Trivers, también apoya esta idea: al ayudar a otros, aumentamos nuestras posibilidades de recibir ayuda en el futuro. Así, incluso los actos que parecen desinteresados tienen una lógica evolutiva detrás. Las normas morales que castigan el egoísmo extremo y premian la cooperación se han internalizado y transmitido culturalmente, lo que refuerza su presencia en nuestras sociedades.

Sin embargo, esta visión no descarta la existencia de una dimensión ética o racional en la moralidad. A medida que las sociedades se han vuelto más complejas, también lo han hecho sus normas morales. Religiones, sistemas legales y la filosofía han refinado y ampliado estos principios básicos, creando códigos éticos cada vez más sofisticados. No obstante, parece que la raíz de todo esto se encuentra en nuestra necesidad biológica de convivir y cooperar.

En resumen, desde la biología evolutiva, la moralidad no es un lujo ni una invención cultural arbitraria, sino un mecanismo profundamente arraigado en la historia de nuestra especie. Es una herramienta que ha facilitado la vida social, la colaboración y, en última instancia, nuestra supervivencia. Esta perspectiva desafía la noción de que la moralidad y la supervivencia están siempre en conflicto, sugiriendo en cambio que la moralidad ha sido y sigue siendo una forma de sobrevivir juntos.

**Instinto de supervivencia en situaciones extremas:**

A diferencia de la moralidad, que se construye social y racionalmente a lo largo del tiempo, el instinto de supervivencia es una respuesta inmediata, visceral y profundamente biológica. Se activa ante amenazas físicas o emocionales graves, y está orientado a preservar la vida a toda costa. Este impulso ha sido crucial para la evolución de todas las especies, incluida la humana. Pero cuando se desencadena en circunstancias extremas, puede empujar a las personas a actuar de formas que contradicen por completo sus principios éticos, revelando un conflicto esencial entre el deseo de vivir y la necesidad de ser moral.

En situaciones límite, como guerras, genocidios, hambrunas o catástrofes naturales, los seres humanos se ven forzados a tomar decisiones drásticas que no tomarían en condiciones normales. Hay numerosos relatos históricos que ilustran este conflicto. Por ejemplo, durante el Holocausto, millones de personas fueron llevadas a condiciones tan extremas que robar comida, mentir, delatar a otros o incluso colaborar con sus opresores se volvió, para muchos, una cuestión de vida o muerte. En su libro “Sobrevivir en Auschwitz”, el escritor Primo Levi documenta cómo el sistema de los campos de concentración nazi estaba diseñado para destruir no solo los cuerpos, sino también la dignidad moral de los prisioneros. En tales contextos, conservar los principios éticos se convierte en un acto heroico, y no en una norma.

Este tipo de dilemas también se reflejan en situaciones contemporáneas. Migrantes que cruzan desiertos o selvas en condiciones inhumanas, personas atrapadas tras desastres naturales o náufragos sin recursos se enfrentan al mismo dilema: ¿hasta dónde están dispuestos a llegar para seguir con vida? El caso del vuelo 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya, cuyos sobrevivientes se vieron obligados a recurrir al canibalismo tras estrellarse en los Andes en 1972, sigue siendo un ejemplo dramático de cómo el instinto de supervivencia puede sobrepasar los límites morales que en circunstancias normales parecerían inviolables.

Desde la psicología, se ha estudiado cómo el cerebro activa mecanismos de emergencia ante amenazas vitales. El sistema límbico, especialmente la amígdala, desempeña un papel central en la respuesta de lucha o huida, que a menudo se impone al pensamiento racional. En estas condiciones, la toma de decisiones se ve dominada por la urgencia de conservar la vida, y las normas morales pueden quedar en segundo plano o incluso ser anuladas temporalmente.

Sin embargo, es importante destacar que no todas las personas responden igual ante estas circunstancias. Hay individuos que, aun enfrentando situaciones extremas, actúan guiados por sus principios morales. Son casos de quienes comparten sus últimos recursos, arriesgan su vida por otros o rechazan colaborar con el mal, aunque eso les cueste la vida. Estos ejemplos muestran que el instinto de supervivencia, aunque poderoso, no es absoluto ni universalmente dominante.

A diferencia de la moralidad, que se va formando social y racionalmente con el tiempo, el instinto de supervivencia es una reacción inmediata, visceral y profundamente biológica. Se activa ante amenazas físicas o emocionales serias, y su único objetivo es preservar la vida a toda costa. Este impulso ha sido fundamental para la evolución de todas las especies, incluida la humana. Sin embargo, cuando se activa en situaciones extremas, puede llevar a las personas a actuar de maneras que van en contra de sus principios éticos, mostrando un conflicto profundo entre el deseo de vivir y la necesidad de ser moral.

En momentos críticos, como guerras, genocidios, hambrunas o desastres naturales, los seres humanos se ven obligados a tomar decisiones drásticas que normalmente no considerarían. Hay muchos relatos históricos que ilustran este dilema. Por ejemplo, durante el Holocausto, millones de personas fueron sometidas a condiciones tan extremas que robar comida, mentir, delatar a otros o incluso colaborar con sus opresores se convirtió, para muchos, en una cuestión de vida o muerte. En su libro “Sobrevivir en Auschwitz”, el autor Primo Levi documenta cómo el sistema de los campos de concentración nazis estaba diseñado para destruir no solo los cuerpos, sino también la dignidad moral de los prisioneros. En tales circunstancias, mantener los principios éticos se transforma en un acto heroico, en lugar de ser la norma.

Este tipo de dilemas también se pueden ver en situaciones actuales. Migrantes que atraviesan desiertos o selvas en condiciones inhumanas, personas atrapadas tras desastres naturales o náufragos sin recursos enfrentan el mismo dilema: ¿hasta dónde estarían dispuestos a llegar para seguir vivos? El caso del vuelo 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya, cuyos sobrevivientes se vieron obligados a recurrir al canibalismo tras estrellarse en los Andes en 1972, sigue siendo un ejemplo impactante de cómo el instinto de supervivencia puede superar los límites morales que normalmente se respetan.

Este tipo de dilemas también se manifiestan en situaciones actuales. Los migrantes que atraviesan desiertos o selvas en condiciones inhumanas, las personas atrapadas por desastres naturales o los náufragos sin recursos enfrentan el mismo dilema: ¿hasta dónde estarían dispuestos a llegar para seguir vivos? El caso del vuelo 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya, cuyos sobrevivientes se vieron forzados a recurrir al canibalismo tras estrellarse en los Andes en 1972, sigue siendo un ejemplo impactante de cómo el instinto de supervivencia puede superar los límites morales que, en circunstancias normales, parecerían intocables.

Desde la psicología, se ha investigado cómo el cerebro activa mecanismos de emergencia ante amenazas a la vida. El sistema límbico, y en particular la amígdala, juega un papel crucial en la respuesta de lucha o huida, que a menudo eclipsa el pensamiento racional. En estas situaciones, la toma de decisiones se ve dominada por la urgencia de preservar la vida, y las normas morales pueden quedar en un segundo plano o incluso ser temporalmente anuladas.

Sin embargo, es fundamental señalar que no todas las personas reaccionan de la misma manera ante estas circunstancias. Hay quienes, incluso en situaciones extremas, actúan guiados por sus principios morales. Existen casos de personas que comparten sus últimos recursos, arriesgan su vida por otros o se niegan a colaborar con el mal, aunque eso les cueste la vida. Estos ejemplos demuestran que el instinto de supervivencia, aunque poderoso, no es absoluto ni universalmente dominante.

En conclusión, el instinto de supervivencia es una fuerza innegable en la biología humana, y en situaciones extremas puede llevar a las personas a romper con sus principios éticos. Sin embargo, también hay ejemplos que muestran lo contrario: que incluso en los momentos más críticos, hay quienes logran mantener su humanidad. Esta constante tensión entre la necesidad de sobrevivir y el deseo de actuar moralmente revela una de las dualidades más complejas de la condición humana.

**Perspectiva filosófica y cultural del conflicto:**

El choque entre la moral y el instinto de supervivencia ha sido un tema recurrente en la filosofía y se ha reflejado en diversas manifestaciones culturales. El utilitarismo, por ejemplo, justifica acciones que podrían considerarse inmorales si el resultado es un bien mayor. Por otro lado, la ética deontológica defiende que hay principios que no se deben romper, incluso si eso significa poner en riesgo la vida. Filósofos como Peter Singer argumentan que nuestras decisiones deberían tener en cuenta el bienestar de todos, no solo el nuestro. Este dilema también se presenta en obras culturales, como en “Los juegos del hambre”, donde los personajes se ven obligados a elegir entre sobrevivir o mantener su integridad moral. Así, tanto la filosofía como la cultura nos muestran que, en momentos críticos, los seres humanos enfrentan decisiones complicadas que desafían sus valores más fundamentales.

**Conclusión general:**

El choque entre la moral y el instinto de supervivencia resalta la complejidad de la naturaleza humana. Aunque la moral ha evolucionado como una herramienta para convivir en sociedad, en situaciones extremas, el deseo de sobrevivir puede llevar a las personas a transgredir principios éticos. Sin embargo, también hay momentos en los que, incluso en las circunstancias más difíciles, la gente actúa con integridad. Esto nos muestra que, aunque el instinto de vivir es fuerte, la moralidad sigue siendo una parte fundamental de lo que nos define como humanos.

**Referencias**

**Sabogal, W. M. (2023, 17 diciembre). Hanno Sauer: “La moralidad es el nicho en el que sobrevivimos. Es un mecanismo para nuestra supervivencia biológica”. WMagazín. https://wmagazin.com/hanno-sauer-la-moralidad-es-el-nicho-en-el-que-sobrevivimos-es-un-mecanismo-para-nuestra-supervivencia-biologica/**

**Colaboradores de Wikipedia. (2025b, marzo 8). Evolución de la moralidad. Wikipedia, la Enciclopedia Libre. https://es.wikipedia.org/wiki/Evoluci%C3%B3n\_de\_la\_moralidad**

**Marrades, J. (2006). SUPERVIVENCIA FÍSICA e INTEGRIDAD MORAL. https://revistas.um.es/daimon/article/view/15581**

**Fraga, M. G. (2025, 14 febrero). El Juego del Calamar: Entre la moralidad y la supervivencia. NeuroClass. https://neuro-class.com/el-juego-del-calamar-entre-la-moralidad-y-la-supervivencia/**